

Capítulo V: La hechicera

Ezhen lo llevó a una casa con una puerta alta, pero estrecha. Bajaron escaleras de color del desierto y, poco a poco, la oscuridad se hizo absoluta. Hacía frío y había humedad, pero ninguno de los dos hizo nada que indicara que habían sentido el cambio de temperatura. Los dos siguieron avanzando.

Ezhen ya no se parecía casi nada a Yunta, aparte de su corte de pelo, estaba más pálido, su gesto era muy serio, enmarcado por una media sonrisa que era difícil de interpretar; parecía más alto, sus uñas se habían alargado y sus ojos, antes marrones, tenían una tonalidad violácea, siniestra y terroríficamente fría.

Sus pasos resonaron en el vestíbulo subterráneo al que habían entrado. Se encontraron frente a seis puertas de igual forma.

Sin el más mínimo susurro, los dos cogieron la cuarta puerta desde la derecha. Caminaban despacio, pero no se detenían. Ezhen seguía con la espada en la mano, pero Neba, había hecho desaparecer la suya al entrar por la estrecha abertura, que ya había quedado muy lejos, en la superficie de la ciudad, mientras que los dos jóvenes caminaban por el subsuelo.

Una corriente los atravesó, olía a un curioso perfume, exótico y con una acertada mezcla de plantas medicinales.

De repente, el paisaje cambió: las húmedas paredes se esfumaron, y se convirtieron en muros decorados de coloridas telas que provenían de lejanos lugares. Vieron a una niña de unos ocho años sentada en una silla, enfrente de una mesa, pero ambos intuyeron que aquella niña tenía muchos más años que ellos.

La niña les indicó que se sentaran, y así lo hicieron.

—Por favor, ¿podría hacer desaparecer esa espada? — dijo con tono sereno, refiriéndose al arma que portaba Ezhen. Éste la obedeció — *Mucho mejor* — declaró. Bajó de la banqueta y, con un leve movimiento de muñecas, desapareció.

Los dos jóvenes se miraron asombrados.

—Bienvenidos, Neba y Ezhen. — Ezhen miró con una nueva expresión, nunca había oído su nombre dicho por otra persona, y, la verdad, le gustó — *Vuestro instinto os guía... por el camino correcto, por un camino interminable...*

A sus espaldas había una joven que vestía largas y suaves ropas de seda que bailaban en el aire, flotando. Avanzó con los pies descalzos, tocando las frías losas con sus dedos. Se sentó en la silla que estaba libre. Los dos chicos la miraban, cautivados por su belleza.

—Bien, Ezhen — giró hasta quedar frente al aludido. Sacó una bolsita de tela negra, desató la cinta, y tiró unos pequeños huesecillos de color negro y blanco.

Frunció el ceño.

—Serán momentos difíciles, tu lado “oscuro” te intentará dominar...

Enmudeció.

Los dos la miraban con curiosidad. Ella empezó a temblar.

—¿Qué... qué le pasa? — Ezhen la sujetaba por los hombros, temeroso de que recibiera algún golpe, e igual que había empezado, se paró. Ezhen la soltó, aún asustado.

—Albergas un poderoso hechizo en tu ser. Un hechizo que te impide morir, — hizo una pausa. Sonrió — pero se puede arreglar.

La fría y amenazante expresión que Ezhen mostraba muy a menudo se tranquilizó, pero su mente fue atravesada por una imagen, muy antigua. Vio a una chica igual que la joven hechicera, con el pelo recogido en un elaborado moño, y vestida con vaporosas prendas transparentes. El supo que era ella, sus ojos la delataban, aquellos del color del arco iris, un color cambiante, todos y ninguno a la vez...

—¿Tú conociste a Zangho o a Dackarr? — preguntó de improviso Ezhen.

La joven se quedó mirando.

—¿Tú? — los ojos le brillaban.

—¿Yo qué? — parecía desconcertado, como si no recordara lo que acababa de decir.

—¡Dackarr, eres tú! — no se sabía si estaba contenta o enfadada.

—¿Qué vas...? — no terminó la frase, la joven lo había pillado desprevenido y le había dado un beso. Al despegarse, un suave susurro salió de los labios de Ezhen.

—Naraida...

—¡Estás vivo!

—¿De qué hablas? — dijo aún impactado por el beso

—Tú, me refiero a Dackarr, eras un asesino... que después de 10 años fue ejecutado en la torre de Erzevaquer, la Torre Divina... — la intervención de Neba duró poco, porque Naraida lo relevó.

—¡NO! ¡Eso es mentira! — sus gritos resonaron en la gruta — ¡Él no era un asesino, él luchaba por su vida!

Ezhen permanecía con semblante pálido, pero su pelo se volvió negro y sus ojos oscuros como la noche, hasta su voz sonó diferente:

—Yo mataba por gusto... y siempre estuve orgulloso de ello.

Naraida se había quedado tan pálida como la porcelana, sus pupilas se abrieron y sus iris adquirieron un tono gris muy pálido. Su pelo, de un rosa frambuesa, se aclaró de repente y perdió su brillo, y un grito de dolor provocó el eco en la estancia.

—Tú, entonces... me mentiste — murmuró con desprecio.

—¿De qué estás hablando? — Ezhen no comprendía nada.

—Entonces era verdad... tú fuiste quien mató a tanta gente inocente. Hasta tu ropa te delata — aclaró con odio — y yo, como una tonta, he estado creyendo que habías muerto injustamente.

—No sé a qué te refieres...

—Tú sabes mi nombre, tienes que ser él... pero tú has dicho que matabas por gusto... ¿Qué te ha pasado durante todos estos años?

Ezhen se miró las manos, porque temía mirarla a los ojos.

—Yo no te puedo responder a esas preguntas, no sé cómo comunicarme con Dackarr, tengo vagos recuerdos, pero nada más. Yo no decido cuándo habla. Es él quien decide cuándo hacerlo... y ahora no quiere hablar...

Cuando Neba giró la cabeza, encontró a la niña, arrodillada junto a él.

—Küisha, llévalo a un cuarto, lejos del mio.

—Como ordene.

Küisha desapareció, junto con el joven, por una puerta negra. Naraida los miró marchar, sus ojos, brillantes, dejaban que pequeñas lágrimas cayeran por su barbilla. Arrastró una de sus mangas por los ojos y se volvió a sentar.

—Mejor que le cure las heridas.

Naraida buscó entre sus ropas e hizo aparecer un tarro, que al abrirse, desprendió un fuerte olor. Neba se tapó la nariz.

Naraida, la hechicera repartió el ungüento por las heridas del chico. No dijo nada, y no miró al joven a los ojos en ningún momento, como si lo respetara. Neba se dio cuenta de ese detalle.

—Yo no le dejaría morir, me ha ayudado. No tienes por qué culparlo por los errores que cometió en el pasado, porque él no es Dackarr, solamente, él también es Yunta, un chico que tiene que vivir con el alma de un asesino.

Naraida no contestó. Cogió una de las telas que colgaban de las paredes, y la convirtió en un vestido negro.

—Toma — se dio la vuelta y lo dejó solo.

Al volver, la chica le entregó una bolsa de víveres.

—Sólo falta una cosa.

Se acomodó en la silla y, junto con un misterioso canto, empezó a mover las manos, de forma rítmica.

Al poco se desplomó.

Neba sintió que el ambiente cambiaba: el cálido entorno aromático se convirtió en uno tenso y tétrico, como si no hubiese vida. Las pequeñas llamas de las velas se extinguieron.

Mientras tanto, Naraida seguía con el cuerpo apoyado en la mesa, como si estuviese dormida, o muerta.

El chico esperó varias horas, aunque era difícil de calcular el tiempo, ya que no había forma de precisarlo; sin sol y sin nada. Pero él siguió esperando pacientemente.

Cuando la joven se incorporó y apartó un mechón rosáceo de su frente, dijo:

—Ya está. — parecía muy cansada, hablaba despacio, muy pausadamente, pero la sonrisa de su rostro no se borraría fácilmente — Creo que debería proseguir con su viaje. Todos deseamos que un buen gobernante nos libere... — Sus palabras parecían muy confusas, pero pareció que Neba sí había entendido ese curioso mensaje cifrado.

Neba se bajó del asiento, y se agachó a coger sus cosas, pero algo, o alguien, lo había retenido. Se giró y vio la mirada de Naraida, ese par de ojos que volvían a bailar, clavada en él. La chica hincó su rodilla en el suelo.

—Los dioses no han decidido su destino, pero eso no significa que sea difícil y complicado, o al contrario. Eso sí, tiene dones que pocos mortales han recibido. Le deseo suerte — terminó.

Y lo dejó marchar.